



La Santa Sede

PEREGRINACIÓN JUBILAR DEL PAPA JUAN PABLO II

AL MONTE SINAI

(24 - 26 DE FEBRERO DE 2000)

CELEBRACIÓN DE LA PALABRA EN EL MONTE SINAI

HOMILÍA DEL SANTO PADRE

Monasterio de Santa Catalina

Sábado 26 de febrero de 2000

Queridos hermanos y hermanas:

1. Durante este año del gran jubileo, nuestra fe nos impulsa a convertirnos en *peregrinos*, *siguiendo los pasos de Dios*. Contemplamos el camino que recorrió en el tiempo, revelando al mundo el magnífico misterio de su amor fiel a toda la humanidad. Hoy, con gran alegría y profunda emoción, el Obispo de Roma llega como peregrino al monte Sinaí, atraído por este monte santo que se eleva como un monumento majestuoso a lo que Dios reveló aquí. *¡Aquí reveló su nombre! ¡Aquí dio su ley, los diez mandamientos de la Alianza!*

¡Cuántos han venido a este lugar antes de nosotros! Aquí acampó el pueblo de Dios (cf. *Ex* 19, 2); aquí se refugió el profeta Elías en una cueva (cf. *1 R* 19, 9); aquí encontró su última morada el cuerpo de la mártir santa Catalina; aquí, a lo largo de los siglos, multitud de peregrinos han escalado lo que san Gregorio de Nisa llamó "el monte del deseo" (*Vida de Moisés*, II, 232); aquí han velado y orado generaciones de monjes. Nosotros seguimos humildemente sus pasos en "la tierra sagrada", donde el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob ordenó a Moisés que librara a su pueblo (cf. *Ex* 3, 5-8).

2. Dios se revela de modos misteriosos, como el fuego que no consume, de acuerdo con una lógica que desafía todo lo que conocemos y esperamos. Es el Dios a la vez cercano y lejano; está

en el mundo, pero no es del mundo. Es el Dios que viene a nuestro encuentro, pero que no será poseído. Es "yo soy el que soy", *el nombre que no es nombre.* "Yo soy el que soy": el abismo divino en el que la esencia y la existencia son una sola cosa. Es el Dios que es el Ser mismo. Ante tal misterio, no podemos por menos de "quitarnos las sandalias", como nos ordena, y adorarlo en esta tierra sagrada.

Aquí, en el monte Sinaí, la verdad de "quién es Dios" ha llegado a ser el fundamento y la garantía de la Alianza. Moisés entra en la "oscuridad luminosa" (*Vida de Moisés*, II, 164), y aquí recibe la ley "escrita por el dedo de Dios" (*Ex 31, 18*). ¿Qué es esta ley? *Es la ley de la vida y de la libertad.*

En el mar Rojo el pueblo experimentó una gran liberación. Vio el poder y la fidelidad de Dios; descubrió que él es el Dios que realmente libera a su pueblo, como había prometido. Pero ahora, en las alturas del Sinaí, este mismo Dios sella su amor estableciendo una Alianza, a la que jamás renunciará. Si el pueblo obedece a su ley, conocerá la libertad para siempre. El Éxodo y la Alianza no son solamente acontecimientos del pasado; *son para siempre el destino de todo el pueblo de Dios.*

3. El encuentro entre Dios y Moisés en este monte encierra en el corazón de nuestra religión *el misterio de la obediencia liberadora*, que llega a su culmen en la obediencia perfecta de Cristo en la encarnación y en la cruz (cf. *Flp 2, 8; Hb 5, 8-9*). También nosotros seremos verdaderamente libres si aprendemos a obedecer como hizo Jesús (cf. *Hb 5, 8*).

Los diez mandamientos no son una imposición arbitraria de un Señor tirano. Fueron escritos en la piedra; pero antes fueron escritos en el corazón del hombre como ley moral universal, válida en todo tiempo y en todo lugar. Hoy, como siempre, las diez palabras de la ley proporcionan la única base auténtica para la vida de las personas, de las sociedades y de las naciones. Hoy, como siempre, *son el único futuro de la familia humana.* Salvan al hombre de la fuerza destructora del egoísmo, del odio y de la mentira. Señalan todos los falsos dioses que lo esclavizan: el amor a sí mismo que excluye a Dios, el afán de poder y placer que altera el orden de la justicia y degrada nuestra dignidad humana y la de nuestro prójimo. Si nos alejamos de estos falsos ídolos y seguimos a Dios, que libera a su pueblo y permanece siempre con él, apareceremos como Moisés, después de cuarenta días en el monte, "resplandecientes de gloria" (san Gregorio de Nisa, *Vida de Moisés*, II, 230), envueltos en la luz de Dios.

Guardar los mandamientos significa ser fieles a Dios, pero también ser fieles a nosotros mismos, a nuestra verdadera naturaleza y a nuestras aspiraciones más profundas. El viento que aún hoy sopla en el Sinaí nos recuerda que Dios quiere ser honrado en sus criaturas y en su crecimiento: *gloria Dei, homo vivens.* En este sentido, ese viento lleva *una insistente invitación al diálogo entre los seguidores de las grandes religiones monoteístas* para el bien de la familia humana. Sugiere que en Dios podemos encontrar nuestro punto de encuentro: en Dios omnipotente y

misericordioso, Creador del universo y Señor de la historia, que al final de nuestra existencia terrena nos juzgará con perfecta justicia.

4. La lectura del evangelio que acabamos de escuchar nos sugiere que el episodio del Sinaí alcanza su culmen en otro monte, el monte de la Transfiguración, donde Jesús aparece a sus Apóstoles resplandeciente de la gloria de Dios. Moisés y Elías están con él para testimoniar que *la plenitud de la revelación de Dios se encuentra en Cristo glorificado*.

En el monte de la Transfiguración, Dios habla desde una nube, tal como hizo en el Sinaí. Pero ahora dice: "Este es mi Hijo amado, escuchadle" (*Mc 9, 7*). Nos ordena *escuchar a su Hijo*, porque "nadie conoce bien (...) al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (*Mt 11, 27*). Así, aprendemos que el verdadero nombre de Dios es *Padre*. El nombre que es superior a todos los demás nombres: *Abbá* (cf. *Ga, 4, 6*). Jesús nos enseña que *nuestro verdadero nombre es hijo o hija*. Aprendemos que el Dios del Éxodo y de la Alianza libra a su pueblo, *porque está formado por sus hijos e hijas*, que no fueron creados para la esclavitud, sino para "la gloriosa libertad de los hijos de Dios" (*Rm 8, 21*).

Por eso, cuando san Pablo escribe que nosotros "quedamos muertos respecto de la ley por el cuerpo de Cristo" (*Rm 7, 4*), no quiere decir que la ley del Sinaí ya no tiene valor. Quiere decir que *los diez mandamientos se hacen oír ahora con la voz del Hijo amado*. La persona a la que Jesucristo hace verdaderamente libre es consciente de que no está vinculada *externamente* por una serie de prescripciones, sino *interiormente* por el amor que se halla arraigado en lo más profundo de su corazón. Los diez mandamientos son la ley de la libertad: no una libertad para seguir nuestras ciegas pasiones, sino *una libertad para amar, para elegir lo que conviene en cada situación*, incluso cuando hacerlo es costoso. No debemos obedecer a una ley impersonal; lo que se nos pide es que nos abandonemos amorosamente al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo (cf. *Rm 6, 14; Ga 5, 18*). Al revelarse en el monte y entregar su ley, Dios reveló el hombre al hombre mismo. *El Sinaí está en el centro de la verdad sobre el hombre y sobre su destino*.

5. Los monjes de este monasterio, buscando esta verdad, han plantado su tienda a la sombra del Sinaí. El monasterio de la Transfiguración y de Santa Catalina muestra todas las huellas del tiempo y de los avatares humanos, pero permanece como testigo indómito de la sabiduría y el amor divinos. Durante siglos, monjes de todas las tradiciones cristianas han vivido y orado juntos en este monasterio, escuchando la Palabra, en la que mora la plenitud de la sabiduría y el amor del Padre. En este mismo monasterio san Juan Clímaco escribió *La escalera del paraíso*, una obra maestra de la espiritualidad que sigue inspirando a monjes y monjas, tanto de Oriente como de Occidente, de generación en generación. Todo esto ha sucedido bajo la poderosa protección de la gran Madre de Dios. Ya en el siglo III los cristianos egipcios la invocaban con palabras llenas de confianza: ¡Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios! *Sub tuum praesidium confugimus, sancta Dei Genetrix!* A lo largo de los siglos, este monasterio ha sido un excepcional lugar de encuentro para personas que pertenecen a diferentes Iglesias, tradiciones y culturas.

Ruego a Dios que en este nuevo milenio el monasterio de Santa Catalina sea un faro luminoso que impulse a las Iglesias a conocerse mejor mutuamente y a redescubrir la importancia, a los ojos de Dios, de lo que nos une en Cristo.

6. Doy las gracias a los numerosos fieles de la diócesis de Ismailía, encabezados por su obispo Makarios, que se han unido a mí en esta peregrinación al monte Sinaí. El Sucesor de Pedro os agradece la firmeza de vuestra fe. Dios os bendiga a vosotros y a vuestras familias.

Ojalá que el monasterio de Santa Catalina sea un oasis espiritual para los miembros de todas las Iglesias que buscan la gloria del Señor, que vino a morar en el monte Sinaí (cf. *Ex* 24, 16). La visión de esta gloria nos impulsa a exclamar, llenos de alegría: "Te damos gracias, Padre santo, por tu santo nombre, que has hecho morar en nuestro corazón" (*Didaché* X). Amén.